

revistas

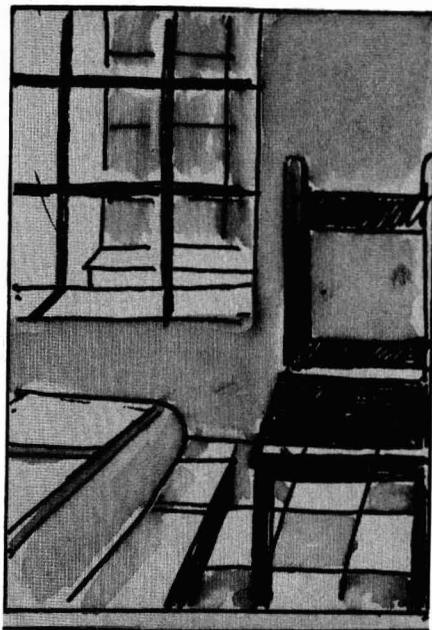
POR
ARMANDO PEREIRA

“O NOS CONDENAN JUNTOS/O NOS SALVAMOS LOS DOS”

No es el objetivo de esta columna analizar exhaustivamente cada uno de los artículos de las revistas o suplementos culturales que aquí se comenten. Ni el espacio ni el ánimo del comentador lo permitirían. Se trata, más bien, de elegir —por la importancia del tema, por lo novedoso del enfoque o por los problemas que presente— uno o dos artículos de cada número e intentar profundizar en ellos hasta donde sea posible. O, por lo menos, mostrar en cierta medida alguno de los rasgos que caracterizan ese incesante diálogo que toda publicación literaria entabla con la cultura de su época.

Es en este sentido que, entre la interesante variedad de artículos que constituyen el último número de *Cuadernos Americanos*, hemos elegido el de Imeldo Alvarez García dedicado al estudio de “La novela de la Revolución Cubana”.

A veinte años del triunfo de la Revolución, no sólo es posible sino necesario realizar un análisis de esta naturaleza. No porque no haya antecedentes a este respecto: los trabajos de Marinello, Portuondo y Fernández Retamar, entre otros, son prueba de ello. Sino porque, en general, todos ellos incurrían en la misma esquematización y maniqueísmo frente al objeto de estudio, que con ligeras variantes se resume en una histórica sentencia: “Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”, sentencia célebre del comandante Fidel Castro que, a fuerza



de repetirse, ha llegado a convertirse en un dogma. Pero lo que nunca se nos dice es quién decide lo que está “dentro” o lo que está “fuera” de la Revolución. El ensayo de Alvarez García no se aparta en ningún momento de esta línea ideológica, pero lo que resulta relevante en él es el hecho de puntualizar algo que flotaba ya, como un fantasma, en el discurso cultural cubano: la propuesta (casi programática) de una épica de la Revolución Cubana: “la búsqueda de los componentes épicos exige el contexto histórico, entre otros contextos imprescindibles; demanda la penetración de lo nuevo que brota; supone abarcar el maravilloso abanico de las singularidades, e implica captar, asumir y presentar —volver materia artística— el genial movimiento de las masas... En fin: implicaba e implica la identidad profunda con el destino patrio... la novelística cubana está esperando por la obra que narre la épica del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra”. Y al parecer, toda obra que no incluya los componentes épicos a los que se refiere Alvarez deja de participar del “destino patrio” y eso puede ser realmente desastroso para el humilde destino de la obra.

A Lezama Lima, por ejemplo, cuya obra ha constituido un momento esencial en la cultura latinoamericana, se lo despacha en siete líneas; a Virgilio Piñera se le acusa “de escepticismo”, de (usar) “desgarrantes artificios existenciales”, “de no comprender a fondo la necesidad de la creación del hombre nuevo”; a Juan Arcocha de “renegado y traidor” y, en general, todo aquel que intente explorar mundos propios, íntimos o personales, será acusado de “lacayismo estético” y de “inculcar viejos hábitos de *colonialistas boca abierta* a los pueblos de los países subdesarro-

llados ante las manifestaciones culturales de las metrópolis opresoras”. Pues, ya se sabe: “Detrás de la escritura o de la invención artística ha de vibrar el hombre. Un hombre que sienta con corazón obrero.” Este “hombre que siente con corazón obrero” es, sin lugar a dudas, Alejo Carpentier, “el más grande de los novelistas cubanos de todos los tiempos hasta aquí vividos, y uno de los más importantes del mundo en el momento actual”. Junto a Carpentier, la lista se vuelve infinita, pero no lo suficiente como para no descubrir en ella ausencias notorias y particularmente significativas. Y es aquí, en estas ausencias, donde se devela el nuevo sesgo que ha tomado el discurso oficial de la cultura cubana.

La amnesia parece ser el rasgo distintivo de ese discurso. Recientemente, en el número 141 de *El caimán barbudo* (septiembre, 1979), Roberto Fernández Retamar hace una revisión de la poesía cubana a partir de 1959. En ella, evidentemente, están presentes todos los compañeros, pero se *olvida* mencionar que la poesía cubana a partir de 1959 conoció también la obra de Lezama Lima, Antón Arrufat, Heberto Padilla y tantos otros poetas a los que hoy cubren las telarañas de la Historia.

Imeldo Alvarez aprendió bien la lección. En su exhaustiva revisión de la narrativa cubana de la Revolución (incluye a más de 55 escritores) se *olvida* mencionar los nombres de Norberto Fuentes, Cabrera Infante y Severo Sarduy, entre otros, cuya participación en la cultura cubana de los primeros años de la Revolución fue relevante. O, cuando se alude a ellos, como en el caso de los dos últimos, es de una manera turbia y pequeña: “Los que arruinarían sus plumas en maniobras contrarias a la verdad y a la vida... los que llevarían al extranjero, al otro lado del mundo de los trabajadores que construyen en el tiempo nuevo, sus tristezas y carroñas... los que con gestos de cobras indagan de dónde son los cantantes; otros, viviendo todas las noches en su Arcadia, con la vista puesta en el Trópico, y en el alma, los tres o cuatro tristes tigres de los recuerdos o de las amarguras”.

Como puede verse, la crítica, en este caso, ha cedido paso a la diatriba. Antes que un análisis o una discusión a fondo con las posiciones “contrarias”, el discurso cultural cubano —muy poco dialéctico— elige el insulto o la franca omisión. ¿Por qué tanto miedo a abrir un espacio a la discusión? Después de veinte años de consolidación de los logros revolucionarios, esa discusión se impone



como una necesidad inaplazable no sólo para la propia cultura cubana, sino también, y sobre todo, para la cultura latinoamericana en general. El hombre nuevo, al que tanto se alude, sólo podrá surgir en la libertad enriquecedora de esa confrontación, en el libre juego de conductas y concepciones *distintas*.

De lo contrario, se podría caer —como tal vez está ocurriendo ya— en los parámetros delirantes del discurso esquizofrénico. Las apoyaturas teóricas que signan las reflexiones de Imeldo Alvarez no rebasan los límites (geográficos e ideológicos) de la isla: Portuondo, Marinello, Lisandro Otero, Mirtha Aguirre, Fernández Retamar y los dirigentes revolucionarios Fidel Castro, Ernesto Guevara, Armando Hart Dávalos y V.I. Lenin. Ninguna voz de fuera, nada que pueda manchar de “cosmopolitismo” o de “sometimiento cultural hacia las metrópolis opresoras” el discurso de Alvarez García. Sólo el eco de la propia voz, la imagen en el espejo propio.

La homogeneidad y la rigidez sólo trabajan para la muerte. Y uno de sus signos —no el menos relevante por cierto— es precisamente el olvido, la censura que el poder ejerce sobre la historia, esa otra historia que se escribe desde el poder y en la que los hombres y las cosas desaparecen en su diferencia, en su especificidad, o simplemente desaparecen.

¿Por qué en lugar de suprimir las heterogeneidades no se las hace emerger a las sintaxis del discurso? ¿Por qué no se las discute franca y abiertamente? Una cultura que no se problematiza a sí misma es una cultu-

ra muerta, o que trabaja para la muerte.

El número 6 de *Cuadernos Americanos* incluye también ensayos de Silva Herzog, Leopoldo Zea, Cossío del Pomar y Carlos M. Rama, entre otros; los discursos de Emigdio Martínez Adame, José Luis Martínez y Silvio Zavala en conmemoración del cuadragésimo quinto aniversario del Fondo de Cultura Económica, y estudios dedicados al análisis de la obra de destacados escritores latinoamericanos: Octavio Paz, Wilberto Cantón, Yáñez, Borges, Carlos Fuentes y Julio Cortázar.

Cuadernos Americanos, México, año XXXVIII, vol. CCXXVII, núm. 6, noviembre-diciembre, 1979.

LECTURAS

MEXICO MODERNO

México moderno, Revista mensual de Letras y Arte. Dirigida por Enrique González Martínez, y después por Manuel Toussaint y Agustín Loera y Chávez. México, D. F., agosto de 1920 a junio de 1923 (irregular). Primera edición facsimilar del F.C.E., México, 1979.

POR GUILLERMO SHERIDAN

Después de *Argos* y *Pegaso*, esta es la nueva revista de Enrique González Martínez, presencia cenital de la incipiente cultura posterior a la Revolu-

ción: poeta, editor de revistas, guía de juventudes (si es que las actitudes de Jaime Torres Bodet y sus amigos logran que sus calvas infantiles se deslicen a la protección de tal concepto) dispendioso otorgador de *nihil obstat* a poemarios apresurados, campeón, en fin, de esta república de letras. Son los años en que el doctor es, como dice Torri, junto a Reyes, Vasconcelos y Caso, “uno de los cuatro grandes”. La revista —sigo al anónimo prologuista de la edición— fue durante tres años “la publicación que dio cuenta de la actividad intelectual del país”, y, en definitiva, fue el último bastión de “una cultura sin fisuras y empeñada en las altas tareas del espíritu que pronto, por las vanguardias, los nacionalismos culturales y los compromisos con la realidad, vería atacados sus principios de alta cultura para dar paso a nuevas facciones y nuevos sectarismos”.

Efectivamente, las alas de la revista cobijan, a cada momento, a los en potencia, más encontrados huéspedes o, quizá sería más adecuado decirlo así, las más encontradas opciones ante la función de la literatura. Es indudable que, a diferencia de lo que sucede en las artes plásticas y musicales, en la filosofía, las letras nacionales tardarían mucho en resentir el sacudimiento de la revolución, y más aún la poesía que la novelística. Esto, en parte al menos, es achacable a la enérgica influencia que ejerce González Martínez como poeta y como cabeza del clan literario de la hora. No es difícil asegurar que lo único que pasó después de que le torció el cuello al cisne fue que nuestra poesía siguió siendo un cisne, pero ahora con el cuello victimado por la bursitis. En ese sentido no deja de ser un mérito que los estridentistas propusieran, en medio de toda su alharaca, la lectura de autores entonces todavía extraños a las lecturas de los jóvenes: Max Jacob, Cocteau y Marinetti. Por ejemplo, del grupo de jóvenes que participan en la empresa (Torres Bodet, Ortiz de Montellano, González Rojo y Gorostiza) sea éste último el único que lee, digamos, a los Machado y a Juan Ramón Jiménez, mientras los otros aún se deleitan con Santos Chocano o el primer Lugones.

En este sentido es interesante también releer una ardiente convocatoria de Ricardo Arenales, que ni siquiera era mexicano y que gravitaba también en la órbita de *Silénter*: los poetas modernos de México —dice— forman “una generación de intelectuales que se hunde con deleites morosos en su concepto del arte y que, una vez dentro, no escucha el fragor de las catástrofes preñadas de ideal que revientan en la superficie”, se queja de “la helada y egoísta serenidad de este libro —Anto-